

Santa Helena, durante su viaje á Palestina, dejó por todas partes muestras de su piedad y caridad, dando á los pobres dinero, vestidos ú otras limosnas, poniendo en libertad á los presos y á los condenados al trabajo de las minas, concediendo su proteccion á todos los infelices, y no negando á nadie las gracias que estaban á su alcance. Honró, sobre todo, á las vírgenes consagradas á Dios, llevando su humildad hasta el punto de servirles con sus propias manos. Por lo demás, esta emperatriz desde su conversion, habia pasado la vida en un continuo ejercicio de todas las virtudes, ocupada sin cesar en la oracion, en cuidar de los pobres, en adornar las iglesias y en otras buenas obras. A pesar de su alta dignidad y del título de augusta que su hijo le dió, asistía á los oficios de la iglesia con un sencillo y modesto traje, y siempre confundida entre los demás fieles. Despues de haber permanecido algun tiempo en Palestina, volvió á Roma en el año 326, y allí murió en el mes de Agosto del mismo, en los brazos del emperador su hijo, que recibió con el mayor respeto sus últimos consejos, y que la honró con unos funerales magníficos.

Ademas de la iglesia del santo sepulcro, dispuso Constantino se edificase otra junto á Jerusalem, en el monte de las Olivas, en memoria de la ascension del Salvador, y otra tambien en Bethlehem, para honrar el estable santificado con el nacimiento de Jesucristo. Por sus órdenes se construyó otra junto á la encina de Mambré, á diez leguas de Jerusalem. Este lugar, famoso por la hospitalidad que el patriarca Abraham habia ejercido en él con tres ángeles, llegó á ser para los pueblos de la Palestina objeto de una veneracion, que dió origen á muchas prácticas supersticiosas. Celebrábase allí todos los años por el estío, una fiesta famosa y una feria, á la que acudian multitud de mercaderes de los contornos. Durante esta fiesta, cada cual ejercia su culto á su modo: los judíos honraban la memoria de su patriarca: los cristianos la aparicion del Hijo de Dios, que algunos creian se habia manifestado bajo la figura de uno de los tres ángeles: últimamente, los paganos honraban á éstos como dioses ó genios tutelares, y habian erigido ídolos en un altar para ofrecerles sacrificios. Todos confundidos se acampaban por falta de habitaciones para tanta gente; y aunque asistian un gran número de mugeres, aseguran que la santidad del lugar impedía que se cometiese ningun desórden. Informado el emperador de aquellas supersticiones, por su suegra Entropia, que andaba peregrinando por la tierra santa, dispuso que el conde de aquella provincia hiciese derribar los ídolos y altar de los paganos, y que en el mismo sitio se construyese una suntuosa iglesia; y en una carta dirigida á San Macario, obispo de Jerusalem, y á otros obispos de la Palestina, para darles conocimiento de su determinacion, les reprehendió suavemente porque habian tolerado semejante profanacion; añadiendo que si en adelante pasaba algun acto contrario á las dis-

posiciones que habia tomado, deseaba que se le avisase sin tardanza para castigar á los culpados.

Por esta misma época encargó á un judío convertido, llamado José, la construccion de otras varias iglesias en diferentes parages de la Palestina, donde hasta entonces no las habia habido. Era este judío natural de Tiberiades, ordinaria residencia de un gefe de la nacion, que tomaba el título de patriarca (1); y como ocupaba uno de los primeros puestos cerca de éste, no habia abrazado el cristianismo, sino despues de haber resistido mucho tiempo á los impulsos de la divina gracia. Habiendo llamado el patriarca á la huera de la muerte á un obispo con un pretexto oculto, pero en realidad para pedirle el bautismo, José, que estuvo observando todas las ceremonias por las hendiduras de la puerta, principió á reflexionar seriamente, y se aumentaron sus inquietudes con la lectura del Evangelio, que halló en el tesoro del patriarca. El mismo Salvador se le apareció en sueños, y le dijo: "Creé en mí: yo soy Jesus, á quien tus padres crucificaron." A poco tiempo enfermó José peligrosamente, y de nuevo se le apareció Jesucristo para exhortarle á creer, ofreciéndole su curacion. La misma aparicion tuvo en otra enfermedad, de que sanó igualmente segun la promesa del Salvador, y por efecto de su palabra. Últimamente quiso probar de otra manera el poder del nombre de Jesucristo, invocándole al mismo tiempo que hacia la señal de la cruz sobre un enérgico, que al momento quedó libre del demonio y curado de su frenesí. Este milagro hizo grande impresion en la ciudad, y aunque acabó de iluminar á José y convencer su entendimiento, no produjo mucho efecto sobre su corazon ni pudo triunfar de su dureza. Las ventajas anexas al empleo que desempeñaba entre los judíos, parece que ponian un grande obstáculo á su conversion. Para vencer su resistencia, fueron necesarias las pruebas y tribulaciones que le envió la Providencia despues de tantos prodigios infructuosos. Habiéndole sorprendido un dia los judíos leyendo el Evangelio, se precipitaron furiosos sobre él, le maltrataron, le arrojaron al suelo, y le llevaron á la rastra á la sinagoga, donde fué cruelmente azotado. Otra vez habiéndole encontrado en un camino de Cilicia, le echaron al rio Cidno, donde creyeron que se habia ahogado; pero por milagro salió tambien de este peligro, y entonces fué cuando se decidió á pedir el bautismo. Presentóse inmediatamente á Constantino, y le contó todo su historia. Informado el emperador de la clase y mé-

(1) Despues de la destruccion de Jerusalem, los judíos dispersos en el imperio, habian elegido un gefe de su nacion, que llamaban patriarca, y residia en Tiberiades, ciudad enteramente poblada de judíos, donde tenian una célebre escuela. Se fueron perpetuando estos patriarcas hasta el reinado de Teodosio el jóven, que les suprimió por una ley, hácia el año 430. Residia otro patriarca en Babilonia para los judíos que vivian fuera del imperio. Los patriarcas de Babilonia subsistieron hasta el siglo XII.

rito del judío, le confirió el título de conde, y á su instancia expidió letras patentes, por las que le comisionaba para erigir iglesias en Tiberiades, en Cafarnaum, en Nazaret y en otras varias ciudades habitadas por judíos, que jamás habían permitido hasta entonces que se estableciesen cristianos en ellas. Muchos inconvenientes halló José en su empresa; pero no obstante, logró desempeñar su comisión. Vivió bastante tiempo después, y fijó su residencia en Scitópolis, donde recibió mas adelante á San Eusebio de Verselli, desterrado á esta ciudad por el emperador Constancio, el año 355 (1).

En las otras provincias dispuso tambien Constantino que se fundasen gran número de iglesias ú oratorios mas ó menos espaciosos, segun la importancia de las poblaciones; pero siempre con extraordinaria magnificencia. La que mandó edificar en Antioquia, capital del Oriente, era de prodigiosa altura, de forma octágona y adornada tan ricamente, que la llamaban la iglesia de oro. Había á su redor varias salas ó capillas destinadas á diferentes usos, y que formaban un vasto recinto en torno de la basilica. La de Nicomedia, ordinaria residencia de los emperadores en Oriente, no era menos notable por su magestad imponente y la riqueza de sus adornos. En Roma solo se cuentan ocho iglesias construidas por su órden: la primera fué edificada en el palacio de Letran, y llamada por aquella causa basilica Constantina; tambien se nombra del Salvador, y mas comunmente de San Juan de Letran, por su magnífico baptisterio, donde estaba, segun costumbre, la imagen de San Juan Bautista: es la principal iglesia de Roma, y la estacion señalada para las mayores solemnidades. El emperador dotó á esta iglesia con casas y tierras, que producian una renta anual de cerca de cuatrocientos mil reales. Hizo levantar la de San Pedro en el Vaticano, en lugar de un templo de Apolo, para honrar el sepulcro del príncipe de los apóstoles; otra iglesia con la invocacion de San Pablo en el lugar de su martirio: la de Santa Cruz, llamada así porque colocó en ella la parte de la verdadera cruz que su madre le habia enviado desde Jerusalem: la de Santa Ines, con su baptisterio; la de San Lorenzo, fuera de la ciudad, y en el sitio donde fué sepultado este ilustre mártir: la de los santos mártires Pedro y Marcelino, donde se enterró á Santa Helena. Todas estas y otras iglesias que edificó en el resto de la Italia, fueron ricamente dotadas; y es de advertir que la de San Pedro, por ejemplo, tenía todas y casas propias hasta en Antioquia y Egipto; pero para hacer todas estas larguezas, ni agotaba el tesoro público, ni tomaba fondos del Estado, sino que empleaba, ademas de las rentas de los templos que mandaba derribar, los bienes anteriormente confiscados á los mártires, cuyos herederos no parecian (2).

(1) Epifan. *Herex*. XXX.

(2) Eusebio nos ha dejado la descripción de una iglesia edificada en la ciudad de Tiro al fin de las persecuciones. Es la primera cuya forma cono-

Sin embargo, este celo ardiente de Constantino en favor del cristianismo, le hizo odioso al senado y al pueblo romano, cuya mayor parte eran idolátras todavia. En el año 326 habia vuelto del Oriente á esta ciudad, y un dia en que segun la costumbre debía subir al Capitolio para una fiesta gentílica, no lo quiso hacer, burlándose públicamente de aquella ceremonia. Procuraron los paganos vengarse de él con sarcasmos, y disgustado de la residencia en Roma, determinó edificar en Oriente una ciudad, que fuese como la segunda capital del imperio. Después de reconocer muchos parages, se decidió por la antigua Bizancio, situada entre el Asia y la Europa, sobre el estrecho que une el Ponto Euxino y la Propóntide. Este lugar, entre dos mares, en templado clima, sobre colinas que se internan en el estrecho y quedan así rodeadas de mar por tres partes, le pareció que ofrecía la mas ventajosa situacion que podia desearse. La ciudad de Bizancio, construida en aquella costa por un antiguo rey de Tracia, que le dió su nombre, fué arruinada por el emperador Severo, que la privó del título de metrópoli, reduciéndola á un simple pueblo, dependiente de la ciudad de Hecleas. Constantino la tomó á Licinio, y algunos han supuesto que quiso reedificarla como un monumento de la victoria. En el año de 325, se empezó á trabajar en ella, y su dedicacion se hizo cuatro

comos; pero como muy pronto hallamos otras edificadas en diferentes países por un plan semejante, no cabe duda que esta forma se adoptaría para las iglesias mas antiguas. Estaba todo el edificio separado de los lugares profanos, y encerrado en un grande recinto, con muros y un pórtico que miraba al Oriente, y se veia á larga distancia á causa de su elevacion. Entrábase por un vestibulo á un gran patio cuadrado, rodeado de cuatro galerías sostenidas por columnas, y cerradas con celosías de madera. Allí se daban las primeras instrucciones á los catecúmenos. En medio del patio, frente á la entrada de la iglesia, habia frentes abundantes. El pórtico de la misma vuelta hacia el Oriente, presentaba tres vestibulos con sus puertas: la una en medio para entrar en la nave principal, y otras dos mas pequeñas daban á las galerías ó lados bajos, sobre los que habia ventanas cerradas con celosías de madera. Lo interior de la basilica estaba adornado con una riqueza y trabajo admirables: el pavimento era de bellisimos mármoles, y sostenido por elevadissimas columnas. En el fondo detras del altar, se veian las sillas dispuestas en semicírculo para los sacerdotes, y en medio un trono mas elevado para el obispo. Una balaustrada adornada de excelentes esculturas, separaba el santuario de la nave, donde habia bancos colocados ordenadamente para el pueblo. Por ambos lados de la iglesia, y hacia la parte exterior, habia grandes salas que comunicaban con lo interior, y servian para la enseñanza y otros usos. Entre ellas debe contarse el baptisterio, regularmente construido en forma circular ú octágona, con una pila en medio, á la que se bajaba por algunos escalones para entrar en el agua: esta pila estaba dividida con un tabique de alto á bajo, para separar los hombres de las mugeres. Las paredes de los bautisterios estaban adornadas con la imagen de San Juan Bautista y otras pinturas simbólicas. Otra sala servia para sacristía ó diaconia, donde se conservaban los vasos sagrados, los libros santos, los ornamentos y el tesoro de la iglesia. Otras finalmente, se destinaban para las audiencias del obispo y las juntas eclesiásticas.

años después, en 1.º de Mayo de 330 con una solemne fiesta, que luego se repetía anualmente. El recinto de los nuevos muros, sería como de tres cuartos de legua, pero los emperadores siguientes lo agrandaron considerablemente. Constantino quiso poner á esta ciudad el nombre de nueva Roma; mas no tardó en tomar el de su fundador, y en lo sucesivo todos la llamaron Constantinopla. Habíase dividido como la Roma antigua, en catorce regiones ó cuarteles, con edificios públicos muy parecidos: contenía dos palacios suntuosos para el emperador, muchas plazas con galerías cubiertas al rededor, un hipódromo ó circo para la carrera de caballos, estadios ó cosos para la carrera á pié, un anfiteatro para el combate de las fieras, varios teatros, baños y graneros públicos, ateneo, pretorio, y otros muchos edificios para los tribunales y oficinas de la administración. Nada omitió Constantino á fin de atraer á ella nuevos habitantes. Estableció senado y todas las magistraturas de la Roma antigua; concedió los mismos privilegios á los habitantes de la nueva; mandó que todos los granos que cada año se sacaban de Egipto, se enviasen á Constantinopla en adelante, reservando solo para Roma los que proveían el África proconsular y las inmediatas provincias: últimamente, á todos los que edificasen en la nueva ciudad, concedió cierta cantidad de pan para ellos y sus familias, perpetuamente.

Mas como su principal intento era oponer á Roma idólatra una ciudad enteramente cristiana, proscribió absolutamente el ejercicio del culto pagano; arrasó los templos ó los trasformó en iglesias; destruyó los altares destinados á la inmolacion de las víctimas; y no dejó ídolos mas que en las plazas públicas ó en sitios profanos, como por via de adorno: hizo tambien que llevasen desde las provincias los mas célebres ó venerados, para exponerlos así al desprecio ó á la irrisión del público. Sobre todo, fué su voluntad que la ciudad nueva brillase por la magnificencia de sus iglesias. La principal fué dedicada á la sabiduría eterna, con el nombre de Santa Sofia, que aun conserva en el día de hoy. Otra mandó construir cerca del palacio imperial, en honor de los doce apóstoles. Tenia la forma de cruz, y estaba embutida de mármol de diferentes colores, desde el pavimento hasta la cornisa, que estaba revestida de un artesón dorado: el techo de cobre tambien dorado, deslumbraba de puro brillante. La cúpula tenia al rededor una barandilla del mismo metal y resplandeciente de oro; al rededor de la basílica, situada en medio de un gran patio rodeada de galerías, se hallaban los edificios para bautisterio, diaconía, con otras salas y habitaciones para el clero. En esta iglesia hizo preparar Constantino su sepulcro, en medio de otros doce que habia erigido en memoria de los santos apóstoles, deseando, según Eusebio, participar después de su muerte de las oraciones que se dirigiesen á aquellos, porque estaba firmemen-

te persuadido de que serian útiles para su alma (1). En adelante fué tambien esta iglesia sepultura de los emperadores y de los patriarcas de Constantinopla. Ademas de otras muchas iglesias y gran número de oratorios que mandó construir en la ciudad y sus inmediaciones, hizo que se colocasen en todos los sitios públicos monumentos religiosos. En las fuentes se veían las imágenes del buen Pastor y de Daniel en medio de los leones. En la sala principal de palacio, el techo estaba adornado de una cruz de piedras preciosas engastadas en oro. Presentaba el vestibulo un cuadro que representaba al emperador con su familia: tenia el primero sobre la cabeza una cruz, y bajo los pies un enorme dragon, atravesado con un dardo y precipitado en el mar. En fin, quiso dar él mismo los libros de las Santas Escrituras á las iglesias que habia construido, y escribió á Eusebio de Cesarea para que mandase á los mejores copiantes transcribir cincuenta ejemplares, con toda la limpieza y corrección posibles, y se los remitiese con uno de sus diaconos.

Estos numerosos testimonios de la piedad de Constantino produjeron en poco tiempo una multitud de conversiones entre los habitantes antiguos y modernos de la ciudad. Iguales y tan rápidos progresos hacia el cristianismo en las provincias: todos los dias una porción de paganos abrazaban la fé, algunos con la esperanza de alcanzar el favor imperial; pero la mayor parte atraídos con las lecciones y ejemplos de los santos obispos, de los solitarios y de los cristianos de todas clases, con la excelencia de la doctrina evangélica, con los milagros que presenciaban, y en fin, con los escritos que manifestaban tan claramente la inutilidad, la extravagancia y la infamia de las supersticiones paganas. Ciudades enteras se convertían; derribaban sus templos ó los transformaban en iglesias cristianas: los habitantes de Mayume, que era el puerto de Gaza en Palestina, todos de una vez abjuraron la idolatría, por la que hasta entonces habian mostrado mucho celo; y el emperador, para acreditar su gozo, erigió en ciudad aquel puerto, y la llamó Constancia, porque era el nombre de un hijo suyo. Por igual razon dió el de Constancia á una ciudad de Fenicia.

El cristianismo se extendió tambien por aquella época entre algunas naciones bárbaras. Ya los godos y otros pueblos cercanos al Danubio y al Ponto Euxino, habian recibido la luz de la fé, instruidos por los cautivos que arrebataron cuando invadieron el imperio en el reinado de Galieno. Movidos algunos bárbaros de las virtudes y milagros de algunos obispos que se hallaban entre aquellos, habian abrazado la fé, y no tardaron en formarse iglesias dignas por los mismos obispos. Una victoria señalada que alcan-

(1) Euseb. *Vit. Constant.* lib. IV, cap. LX. Donde se halla una prueba muy auténtica de la tradición cristiana, sobre el culto de los santos y las oraciones en sufragio de los difuntos.

zaron los sármatas de los godos en el año 332 con el auxilio de los romanos, fué considerada por dichos pueblos como un efecto de la particular proteccion con que Dios favorecia á Constantino; y gran número de los que hasta entonces habian perseverado en la idolatría, se decidieron á pedir el bautismo. La Armenia, á donde llevó el Evangelio el apóstol San Bartolomé, se habia hecho casi toda cristiana al fin del tercer siglo, por el celo de San Gregorio, llamado el iluminador. Convertido el rey Tiridates á vista de un milagro obrado en su casa, habia persuadido á sus súbditos á que renunciases las supersticiones de la idolatría, y su adhesion al cristianismo se manifestó á poco con tal aparato, que el tirano Maximino, furioso por perseguir, les declaró la guerra con este motivo. De mucho tiempo atras existian Iglesias en el reino de Persia, donde algunos apóstoles predicaron la fé; y desde el siglo II se habia establecido una silla episcopal en Selencia, una de las capitales del reino. El obispo de ella envió al concilio de Nicea dos diputados, y Juan, obispo tambien de Persia, asistió á él personalmente. La vida monástica, introducida poco tiempo antes en aquel imperio, contribuyó singularmente á los progresos del cristianismo. Multitud de monjes trabajaban con celo en la conversion de los idólatras, y algunos se vieron obligados por eleccion de los pueblos á tomar sobre sí el cargo del episcopado (1). Hasta estas Iglesias extranjeras alcanzó la proteccion de Constantino. Habiéndole enviado el rey Sapor una embajada por los años de 332 para proponerle un tratado de alianza, le ajustó inmediatamente, y le remitió presentes magníficos y una carta en que le recomendaba los cristianos. En ella hace notar las ventajas de la verdadera religion y el castigo de los perseguidores, principalmente de Valeriano, á quien los mismos persas habian hecho sufrir tan crueles humillaciones.

En la Etiopia creció prodigiosamente el número de los cristianos por aquellos tiempos, en virtud de las tareas apostólicas de San Frumencio, á quien veneran los abisinios como su apóstol, aunque antes de su mision ya les habia llevado el empuje de la reina Candaces la luz del Evangelio. Mérope, filósofo de Tiro, emprendió por curiosidad el viage de Etiopia, llevando en su compañía á dos jóvenes parientes suyos, Frumencio y Edeso, cuya educacion estaba á su cargo. Como los etioopes estaban entonces en guerra con los romanos, asesinaron al filósofo y á todos sus compañeros de viage; y hallando debajo de un árbol á los dos niños que estaban repasando su leccion, les perdonaron á cansa de sus pocos años y los presentaron al rey. Nombró éste á Edeso su copero, y secretario á Frumencio, que anunciaba mas talento. Siempre les manifestó grande afecto, y cuando iba á morir les concedió la libertad. Mas la reina

(1) Véase á Assemani, *Disert. acerca de los nestorianos*, t. IV de su Biblioteca Oriental.

que quedó encargada de gobernar el reino durante la menor edad de su hijo, les hizo muchas instancias, principalmente á Frumencio, que habia dado pruebas de gran capacidad, para que compartiesen con ella aquel cargo. Viéndose, pues, éste al frente del gobierno, usó de su poder é influencia para proteger á los cristianos que llegaban al reino, edificando iglesias para ellos, exhortándolos á practicar públicamente su religion, y dándoles él mismo ejemplo de una piedad profunda. Cuando llegó el rey á su mayor edad, volvió Edeso á Tiro con sus padres; mas Frumencio partió para Alejandría á dar parte al obispo del estado en que se hallaba la religion en la Etiopia, y estrecharle á fin de que enviase un obispo para cuidar de las Iglesias ya establecidas. Admirado San Atansio, que ocupaba la silla de Alejandría, del celo y sabiduría de Frumencio, le ordenó obispo y le determinó á volver á Etiopia para continuar la obra que tan felizmente habia comenzado. El santo misionero llevó consigo varios eclesiásticos y se estableció en Auxume, capital del reino, donde con su predicacion y milagros se lograron multitud de conversiones en poco tiempo. Rufino, que cuenta esta historia, la supo de boca de Edeso, que en Tiro, su patria, fué ordenado de presbítero.

El mismo autor nos comunica el modo no menos admirable con que se introdujo el cristianismo al mismo tiempo entre los iberos, que habitaban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio. Tenian entre otros cautivos una muger cristiana, cuya virtud, junta á una rara hermosura, no tardó en excitar la admiracion de aquellos. Maravillados de su reserva, de su modestia y fidelidad, y viendo, sobre todo, que ayunaba con frecuencia y pasaba muchas noches en oracion, desearon averiguar cuál era el motivo de este género de vida; y se aumentó su asombro cuando supieron que la cautiva vivia así para honrar á Jesucristo, nombre para ellos desconocido. Como no tenian médicos, cuando enfermaba un niño habia la costumbre de llevarle por las casas para preguntar si alguno sabia un remedio de aquella dolencia. Una muger, despues de haber practicado inútilmente esta diligencia, se dirigió á la cautiva, quien le dijo que no conocia remedio alguno humano; pero que el Dios á quien ella adoraba, podia dar la salud á los mas desesperados enfermos; y luego habiendo puesto al niño en su cama invocó sobre él el nombre de Jesucristo, y le devolvió á la madre completamente sano. La fama de este milagro se divulgó por todas partes y llegó á oídos de la reina, que hallándose tambien acometida de una enfermedad violenta, hizo que la llevaran á presencia de la cristiana y recobró la salud del mismo modo. Quiso el rey manifestar su gratitud á la cautiva enviándole algunos regalos; pero la reina le manifestó que aquella despreciaba todas las cosas de la tierra, y no tenia otro deseo que el de ver á todas las criaturas adorar al Dios, cuyo poder invocaba para hacer tan prodigiosas curaciones. Desde entonces le ins-

tó muchas veces á que abrazase el cristianismo sin poderlo conseguir, pero habiéndose extraviado un día el rey en una cacería, y hallándose en un bosque, solo y expuesto á todo género de peligros, en medio de una profunda oscuridad, hizo interiormente voto de adorar al Dios de la cautiva, si se dignaba de sacarle del apuro en que se hallaba. Al instante vió aparecer la luz y se salvó; y apenas volvió á su palacio, envió á buscar á la cristiana para que le enseñase cómo debía servir á Jesucristo. Dióle ésta las primeras instrucciones, le encargó que mandase edificar una iglesia, y que enviara una embajada á Constantino pidiéndole predicadores evangélicos. Sorprendido agradablemente el religioso emperador de esta petición, envió sin tardanza un obispo y varios sacerdotes, cuyos afanes fueron apoyados por el celo del rey y de la reina, quienes despues de haber comenzado á instruir por sí mismos á sus súbditos, no omitieron ningun medio para persuadirles que se convirtieran. Rufino habia sabido todas estas circunstancias por Bacurio, que habia sido rey de aquella nacion, y que despues llegó entre los romanos á ser conde de los domésticos y duque de Palestina en el reinado de Teodosio.

Mientras que se difundian así las luces de la fé por todas partes, y hacia la Iglesia diariamente conquistas en lo exterior, desgarraban su seno los sectarios, cuya audacia, siempre en aumento, no conocia ya límites. Constantino prohibió las reuniones de hereges por una ley del año 331, que contribuyó singularmente, como hemos dicho, á la extincion de las antiguas sectas; pero los donatistas no haciendo ningun caso de la ley, emplearon la violencia para sostenerse, y se entregaron á todos los excesos de un inconcebible fanatismo. Despues de muerto Mayorino á quien hicieron obispo de Cartago, nombraron para sucederle hacia el año de 329 á otro Donato, diferente del de Casas Negras, y que por su talento gozó de una influencia prodigiosa en la secta. Reunía á un ingenio y erudicion grandes, cierta elocuencia, bastante claridad en las ideas, penetracion, habilidad, y mas que todo, una audacia y actividad nada comunes: era irreprochable en sus costumbres, y afectaba mucho celo por la religion: en fin, lleno de amor propio y despreciador de los demas, logró al punto hacerse el jefe ó mas bien el oráculo de la secta, cuyos principios defendió en sus escritos, la sujetó á todos sus caprichos, dirigió todos sus movimientos, y supo inspirar á sus partidarios el orgullo y el fanatismo de que estaba animado. A vuelta de algunos prestigios hizo creer que tenia don de milagros, y no queriendo reconocer superior en la tierra, y despreciando á los magistrados y al mismo emperador, habituó á los donatistas á mirarse, por decirlo así, como unos seres privilegiados, que poseian la verdad y la sanidad, que parecian haber nacido mas bien para mandar que para obedecer, y sobre todo, que no debian hacer caso alguno de las leyes ni de los edictos publicados contra ellos por sobe-

ranos stjetos al error. En consecuencia de esta doctrina, un crecido número de sectarios abandonaron sus ocupaciones, se reunieron y tomaron las armas para embestir á los católicos, y con pretexto de defender la justicia y la verdad, se entregaban sin escrúpulo á la rapiña y á las mas horribles tropelías. Se llamaban combatientes ó soldados de Jesucristo, y los demas les daban el nombre de *circumcelliones*, porque continuamente andaban rondando al rededor de las casas para cometer sus desórdenes. Saqueaban los lugares y aldeas; relevaban á los deudores de las obligaciones que tenian contraidas, amenazando de muerte á los acreedores que quisieran usar de su derecho; abrian las cárceles para librar á los malhechores; daban la emancipacion á los esclavos, y se divertian en hacerlos subir á los carros y ocupar el lugar de los amos, obligando á éstos á bajar y correr delante de los esclavos para servirles de comitiva. No habia seguridad ni en los caminos ni en las casas. Armados los sectarios de enormes garrotes, se arrojaban con furor sobre los católicos y los mataban á palos, cantando devotamente religiosos cánticos. Sus gefes se llamaban capitanes de los santos, y los obispos donatistas hacian que los escoltaran estos furiosos para apoderarse de las iglesias y echar de ellas á los católicos. Pero no pudiendo á poco tiempo contenerlos ni dirigirlos, ellos mismos se vieron precisados á implorar el auxilio de la autoridad pública para reprimir sus atentados. Se enviaron tropas contra ellos, y fueron muertos gran número de sectarios. Muchos de estos fanáticos corrian al encuentro de los soldados para que les dieran la muerte: otros se la daban á sí propios, precipitándose desde un parage elevado para arrojarse á las llamas, y la secta no se avergonzaba de honorarios como si fueran mártires (1).

Los arrianos por su parte continuaban intrigando, y llegaron á conseguir el apoyo de Constantino, á quien hacia crédulo la rectitud de su carácter, y á quien á consecuencia de su mismo celo por la paz de la Iglesia engañaron aquellos sectarios. Desde la muerte de Santa Helena habia depositado toda su confianza en su hermana Constancia, vinda de Licinio. Dirigía á esta un sacerdote adicto secretamente á la secta de Arrio, y que tuvo cuidado de confirmarla en las disposiciones favorables que manifestaba habia tiempo hácia aquel herejiarca. Habiendo enfermado peligrosamente esta princesa, no desperdició ocasion alguna de las que le ofrecian las frecuentes visitas de su hermano, para mirar por los intereses de la secta que ella habia abrazado. Conjurió por su fraternal ternura á que conservase á su lado al santo sacerdote que la dirigia, y á que siguiera los consejos del mismo, encaminados á su salvacion. "A punto ya de partir de este mundo, añadió Constancia, nada me importan los asuntos terrenos; pero inquieta por tí, temo que los pade-

(1) Optat. lib. III.—August. Adv. Crescent.—Adv. Parmen. &amp;c.

cimientos de los inocentes perseguidos atraigan la cólera del cielo sobre tu persona y Estados." Este discurso de una hermana querida y moribunda produjo su efecto. Entregóse Constantino á los consejos del sacerdote arriano que le habia sido recomendado, y éste á fuerza de repetir que Arrio era injustamente castigado y víctima de la envidia que inspiraba su mérito, obligó al emperador á levantarle el destierro hácia el año 328, después que presentó una confesion de fé, en que se hallaba manosamente disimulado el fondo de sus errores con expresiones equívocas. Eusebio de Nicomedia y los obispos Maris y Theognis escribieron tambien una carta de retractacion dende hacian profesion de admitir la doctrina del concilio de Nicea, añadiendo, que si no habian suscrito al anatema contra Arrio porque tenian testimonios de su inocencia, sin embargo, no vacilaban para purgarse de toda sospecha de heregía, en adherirse ahora plena y enteramente á todo cuanto el concilio habia decidido. Después de esta poco sincera retractacion, fueron tambien llamados por Constantino á gobernar sus Iglesias, y al volver á ellas expulsaron á los obispos ordenados en lugar suyo (1).

En cuanto fueron repuestos en sus sillas, empezaron á intrigar secretamente para fortalecer su partido y vengarse de los obispos, que con mas vigor se habian declarado contra ellos. Sobre todo, estaban irritados con San Eustasio de Antioquia y San Atanasio, y su ódio, unido al deseo de colocar á los obispos arrianos en las principales sillas, hizo que tomasen la resolucion y buscasen los medios de despojarlos á los dos. Empezaron por San Eustasio, cuya condenacion les pareció mas fácil, porque podian acusarle delante de unos jueces dispuestos la mayor parte á conyugar á sus miras. Habia sido primeramente obispo de Berea en Siria y confesor de la fé en las últimas persecuciones, y su eminente mérito le encumbró á la silla de Antioquia por los años de 324. Fué de los primeros que se declararon contra la heregía de Arrio, y no cesó de combatirla con un celo infatigable. No contento con velar sobre su rebaño, cuidaba de enviar á otras Iglesias hombres capaces de instruir á los fieles, y de precaverlos de la seduccion de los hereges. Constantemente se negó á recibir en el clero á los que mostraban alguna inclinacion á las novedades, entre otros, á Esteban y Leoncio el eunuco, que fueron mas adelante obispos de Antioquia por influjo de los arrianos. Para defender la fé de Nicea publicó muchos escritos, que los antiguos citaban con los mayores elogios. Ultimamente, no temió impugnar á Eusebio, de Cesarea, Patrículo, de Scitopolis, Paulino, de Tiro y otros obispos de la Palestina, justamente sospechosos de que conservaban opiniones poco ortodoxas sobre la consustancialidad del Verbo. Todo esto era mas que suficiente para que los sectarios determinasen su perdicion. A la cabeza de la faccion

(1) Soer, lib. I, cap. XIV.—Sozom. lib. II, cap. VI.

se habia puesto Eusebio de Nicomedia, que se encargó de dirigirla. Este hombre atrevido, perverso, hipócrita é intrigante, no tardó en ganarse nuevamente el favor de Constantino, afectando mucho celo por la fé católica. Con el pretexto de visitar el santo sepulcro, fué á Jerusalem con Theognis de Nicea, para ponerse de acuerdo con los obispos de la secta. Acompañáronle éstos a su regreso hasta Antioquia, como para honrarle; y habiéndose reunido allí en concilio con otros obispos ortodoxos que nada sospechaban de sus proyectos, introdujeron una muger pública ganada á fuerza de dinero, para acusar á San Eustasio de haber tenido de ella un niño que llevaba en sus brazos. No pudo esta muger dar prueba alguna, ni producir un solo testigo; y habiendo caido mas adelante enferma de peligro, confesó la infeliz el motivo que la habia movido á calumniar al santo obispo. Pero los enemigos de éste no dejaron de condenarle y deponerle como si hubiera sido convicto: solamente para colorear esta deposicion, se alegó tambien la vaga acusacion de sabellianismo, porque este era el crimen que acostumbraban los arrianos imputar á los defensores de la consustancialidad del Verbo para aturdir toecante á sus propios errores. Los obispos católicos instaron vivamente á San Eustasio para que no se conformase con tan injusta condenacion, y el pueblo mismo manifestó su indignacion con violentas commociones, tanto que se estivo á pique de apelar á las armas. Viendo esta oposicion Eusebio y Theognis, acudieron con toda urgencia á Constantino reclamando su autoridad; y no contentos con sostener que Eustasio era realmente culpado del crimen que le imputaban, le achacaron la sedicion que acababa de estallar, y ademas le acusaron de que en otro tiempo habia faltado al respeto debido á Santa Helena. Engañado el emperador con estas calumnias, hizo comparecer al santo obispo y le confinó á Macedonia, donde murió en el año 338; ordinariamente se fija su destitucion en el de 331. Nos quedan algunos fragmentos de sus escritos contra los arrianos, y un tratado sobre la pitonisa consultada por Saul.

En cuanto Constantino tuvo noticia de la fermentacion que reinaba entre el pueblo de Antioquia, envió á uno de sus oficiales para sosegar los ánimos, y escribió á los habitantes repetidas cartas, exhortándolos á la paz. Los obispos arrianos que habian quedado en esta ciudad, trataron entonces de dar un sucesor á San Eustasio, y pusieron en su lugar á Paulino de Tiro que á poco murió. Después eligieron á Eulalio, luego á Eufonio, que murieron igualmente al cabo de algunos meses. Por su mérito y reputacion fué elegido Eusebio de Cesarea para ocupar esta silla; mas no tuvo por conveniente aceptarla, y esta renuncia le concilió mas y mas la estimacion y aprecio de Constantino, que alabó mucho su celo por la disciplina en una carta que con este motivo le escribió, y en otras dos dirigidas al pueblo de Antioquia y á los obispos, exhortándolos á que hiciesen nueva eleccion. Fué, pues, electo Placillo ó Flacillo,

que ocupó aquella silla unos doce años; pero la mayor parte de los católicos se negaron á comunicarse con estos obispos arrianos, y persistiendo adictos á la doctrina y persona de San Eustatio, continuaron mucho tiempo con el nombre de eustatianos, segun veremos, celebrando sus reuniones en casas particulares (1).

Depusieron asimismo los arrianos con el falso pretexto de sabellianismo, á otros dos santos obispos, Asclepas, de Gaza, cuya inocencia era tan evidente que no pudo menos de reconocerla Eusebio de Cesarea, y Eutropio, de Andrinópolis, que se atrajo el odio de la secta por su celo en precevar á los fieles de las impiedades de los sectarios, y en particular de las de Eusebio de Nicomedia. Animados con estos primeros triunfos, dirigieron despues sus tiros contra San Atanasio. Le habian escrito primeramente instándole á que admitiese á Arrio en la comunión de la Iglesia, y no pudiendo conseguirlo, hicieron que le escribiera el mismo emperador, el cual le amenazó con la destitución y el destierro si se resistia. El santo obispo respondió con firmeza, que no podia admitir en la Iglesia católica á un herejiaica legítimamente condenado y excomulgado por un concilio, á causa de sus blasfemias contra la divinidad de Jesucristo. Entonces creyó Eusebio de Nicomedia, que debia dirigirse á los melecianos para tratar de acuerdo comun la ruina de Atanasio. Por mucho tiempo habian combatido éstos las impiedades de Arrio; pero ganados con las promesas de Eusebio, y tan enemigos como él de San Atanasio, no vacilaron en unir sus intereses para oprimir al santo patriarca. Despues de buscar en vano cargos reales contra él, discurrieron estos tres capítulos de acusacion: primeramente, que habia impuesto á los egipcios un tributo de túnicas de lienzo para la Iglesia de Alejandria, y habia principiado á exigirlos por ellos mismos: en segundo lugar, que habia proporcionado dinero á un rebelde llamado Filumenes; y en tercero, que habia autorizado ó aprobado al menos á uno de sus clérigos llamado Macario, á quien acusaban ellos de que habia roto un cáliz, y derribado un altar en una iglesia de la Mareotis. Constantino mandó comparecer á San Atanasio, y despues de reconocida la falsedad de las acusaciones, le envió á su Iglesia con una carta para los habitantes de Alejandria, en la que declaraba la inocencia del santo, y le manifestaba tanta estimacion como indignacion contra sus calumniadores (2).

No se arredraron por esto sus enemigos, y de allí á poco renovaron contra el presbítero Macario la acusacion de haber quebrado un cáliz, y profanado los santos misterios en la Mareotis. Era éste un distrito del Egipto, compuesto de varios pueblos grandes, go-

(1) Athan. *Ad solit.*—Chrysost. in Eust.—Theodor. lib. I, cap. XXI.—Sozom. lib. II, cap. XIX. &c.

(2) Athan. *Apolog.* II.—Soer. lib. I, cap. XXVII.

bernado cada uno por un presbítero y un diácono que dependian inmediatamente del obispo de Alejandria. En una aideita dependiente de uno de dichos pueblos, y tan pequeña que no podia tener Iglesia propia, vivia un tal Isquiras, hombre de costumbres depravadasimas, conocido por tal, y que á pesar de esto ambicionó entrar en el clero y logró que le ordenara de sacerdote Colluto el cismático, de quien hemos hablado anteriormente. Cuando quedó éste reducido á su categoria de simple presbítero, y declaradas nulias las órdenes que habia conferido, fué depuesto Isquiras, y por algun tiempo permaneció en el estado laical. Mas luego se le antojó ejercer las funciones sacerdotales, aunque no tenia mas que siete personas en su comunión. Visitando San Atanasio las Iglesias de la Mareotis, envió á Macario en compañía de otro sacerdote para que notificase á Isquiras que compareciese á su presencia; pero habiéndole hallado enfermo en cama, se contentaron con intimarle que se abstuviese de tomar el título de presbítero, ó de ejercer ninguna función sacerdotal; y al mismo tiempo encargaron á su padre, que no era de la comunión del hijo, que no omitiera medio alguno para estorbárselo. Determinóse, pues, Isquiras en cuanto sanó adogerse á los melecianos, y éstos, de acuerdo con los eusebianos, resolvieron publicar que llegado Macario en el momento de la celebracion de los santos misterios, habia roto el cáliz, derribado el altar, quemado los sagrados libros, y cometido otras muchas profanaciones. Emplearon hasta la violencia para que Isquiras se prestase á sostener esta calumnia que presentaron á Constantino como uno de los primeros cargos. El emperador, despues de un maduro examen, la rechazó con el desprecio é indignacion que merecia, y el mismo Isquiras estrechado por las representaciones de sus parientes y los remordimientos de su conciencia, se decidió entonces á desmentir la calumnia, y entregó á San Atanasio, delante de varios sacerdotes, una declaracion escrita de su puño, en que confesaba que no habia publicado semejantes falsedades, sino por instigacion de tres obispos melecianos. Pero como el santo obispo no juzgase conveniente admitirle al punto en la comunión de la Iglesia, despues de una culpa que merecia larga penitencia; no tardó Isquiras en renovar sus calumnias, y dió á los melecianos pretexto para reproducirlas.

Mas á fin de corroborar esta acusacion con otra mas grave y menos rebatida, discurrieron tener escondido por algun tiempo á un tal Arsenio, obispo meleciano de Hipselae en la Tebaida, y echaron la voz que San Atanasio le habia matado, y cortádole la mano derecha para servirse de ella en sus operaciones mágicas. Para prueba enseñaban una mano consumida que llevaban en una caja, y con fingidas lágrimas pedian que á lo menos les entregasen el cuerpo del obispo, para que no se viese privado del honor de la sepultura. Despues de haber divulgado por todas partes esta calumnia

en las reuniones del pueblo y ante los magistrados, la llevaron á oídos del emperador, sin olvidar su antigua fábula de las profanaciones cometidas en la Marcotis. El principal denunciador fué Juan Arcaf, jefe del partido meleciano.

No se detuvo Constantino en la antigua acusación examinada ya suficientemente, y en cuanto al asunto de Arsenio encargó á su hermano Dalmacio que se informase, y éste escribió á San Atanasio que estuviera pronto á comparecer para defenderse. El santo patriarca, que hasta entouces habia despreciado tal calumnia, escribió á todos los obispos de Egipto, y mandó hacer diligencias por todas partes para averiguar el paradero de Arsenio. Por fin, un diácono descubrió que se hallaba oculto en un monasterio que tenían en la Tebaida los melecianos; pero habiéndolo sabido oportunamente el superior de él, hizo embarcar á toda prisa á Arsenio en el Nilo para trasladarle al Egipto interior. No habiéndole hallado el diácono en el monasterio, se apoderó del superior y de otro monge, y los condujo á Alejandría. Allí fueron presentados al duque que mandaba las tropas de aquella provincia, y confesaron que vivia Arsenio, y que habia estado oculto en su monasterio. Poco despues fué hallado en Tiro, en una casa donde se refugió despues que salió de Egipto. Al principio negaba que él fuese Arsenio; pero fué reconocido jurídicamente por el obispo de aquella ciudad que hacia mucho le conocia. Informó San Atanasio á Constantino de todos estos pormenores, y el emperador le respondió con una carta honorífica que le exhortaba leyese públicamente, y que conchlia amenazando castigar á los melecianos con todo el rigor de las leyes si continuaban sus imposturas. Por miedo á estas amenazas se mantuvieron estos sectarios tranquilos por algun tiempo, y aun muchos se reconciliaron con San Atanasio. De este número fué Arsenio, que le escribió en union con su clero, pidiéndole al admitiense en su comunión, y despues le estuvo sumiso como á su metropolitano. El mismo Juan, jefe de los melecianos, creyó que tambien debia abrazar la comunión del santo patriarca, y se lo participó á Constantino, que le manifestó la mas viva satisfaccion. Pero el ambicioso obispo no perseveró mucho tiempo en esta sumision, al parecer poco sincera (1).

Aprovechó San Atanasio esta tregua para visitar las iglesias de la Tebaida, y entouces fué cuando San Pacomio, saliéndole á recibir con todos sus religiosos, se ocultó entre la multitud, y se contentó con verle desde lejos, porque habia sabido que Serapion, obispo de Tentira, estaba dispuesto á nombrarle superior general de todos los monasterios de su diócesis. Entre tanto, los eusebianos no perdian de vista su empresa, y para lograrla con mas seguridad,

(1) Athan. *Apolog.* II.—Theod. lib. I, cap. XXVIII.—Sozom. lib. II.—Socr. lib. I.—Ruf. &c.

juzgaron conveniente variar el plan de ataque. Ganaron nuevamente á unos cuantos melecianos que no podian sufrir el celo ni la autoridad de San Atanasio, y los incitaron á renovar contra este prelado sus quejas y acusaciones, imputándole vagamente crímenes enormes; pero sin articular ninguno. De este modo querian suscitar contra él las sospechas suficientes para tener un pretexto de persuadir á Constantino que abriera nuevas informaciones en un proceso canónico, y entouces con el crédito que ellos tenían en la corte, esperaban alcanzar que se eligiesen de entre los obispos de su partido los jueces que habian de entender en la causa. Con efecto, aparentando que estaban animados de gran celo por la paz de la Iglesia, y que deploraban las divisiones que la perturbaban en el Egipto, persuadieron fácilmente al emperador, que para terminar estos disturbios hiciese comparecer á San Atanasio y á sus acusadores ante un concilio de obispos del Oriente, y lograron convocarle en Cesarea en la Palestina el año 334. Pero San Atanasio no quiso concurrir á él á pesar de las instancias y amenazas que le hicieron, ya porque no reconocia en estos obispos el derecho de juzgarle, ya porque sabia que la mayor parte, y entre otros Eusebio de Cesarea, eran sus personales enemigos. De aquí tomaron los eusebianos ocasion de representarle como un orgulloso, á quien la desobediencia á las órdenes del emperador hacia justamente sospechoso de las violencias de que le acusaban. Dominado Constantino de estas ideas desventajosas, convocó al año siguiente otro concilio en Tiro, al que llamó á todos los obispos que los eusebianos tuvieron buen cuidado de señalarle. Reuníronse unos sesenta, y de ellos los mas célebres eran Flacilio, de Antioquia, que debia presidir como patriarca del Oriente, los dos Eusebios, Patrístico, de Scitópolis, Theognis, de Nicea, Maris, de Calcedonia, Jorge, de Laodicea, dos obispos de Pannonia, y Ursacio, de Singidon, y Valente, de Mursa, á quien luego veremos figurando entre los jefes de este partido. A petición de los eusebianos fué enviado el conde Dionisio para evitar tumultos, y solo empleó su autoridad para apoyar las miras de los sectarios. Nombró porteros en vez de diáconos para introducir á los que habian de asistir al concilio. Concurría á las sesiones cercado de oficiales y soldados; mandaba á los obispos, y dirigia las deliberaciones.

San Atanasio se resistió mucho tiempo á comparecer ante semejante asamblea; pero habiéndole amenazado por escrito Constantino que le mandaria llevar á la fuerza, se decidió al fin á partir con cuarenta y nueve obispos del Egipto, entre los cuales se contaban los ilustres confesores Potamon y Pafnucio. Cuando se presentó en el concilio, no le hicieron honor alguno, ni le recibieron cortesmente; antes le tuvieron en picó como á un reo delante de sus jueces. San Potamon no pudo contener su indignacion á vista de este desatado, y dirigiéndose á Eusebio de Cesarea, en alta voz le di-



jo: "Pues qué! Eusebio, ¿estais vos sentado para juzgar al virtuoso Atanasio, á quien se obliga á permanecer en pie! ¿Cómo hay valor para sufrir tal indignidad? ¿Os acordais haber estado preso conmigo en tiempo de la persecucion? Yo perdí un ojo, y vos estais sin señal alguna y con todos vuestros miembros. ¿Cómo pudisteis salir tan sano sin hacer traicion á vuestra fé?" Eusebio, lleno de enojo se levantó tambien y salió de la asamblea, sin cuidar de justificarse. Pafnucio por su parte se dirigió á Máximo, de Jerusalem, y cogiéndole de la mano, le dijo: "Ya que llevamos ambos las mismas cicatrices, y habeis perdido como yo un ojo por el nombre de Jesucristo, no puedo tolerar veros aquí sentado en la junta de los inicuos." Y haciendo que le siguiese, le informó de todas las circunstancias que hasta entonces le habian ocultado, y le atrajo de esta manera para siempre á la causa de San Atanasio. Los demas obispos de Egipto insistieron con energia en que fueran separados del número de los jueces los que se habian declarado abiertamente contra su patriarca, y recusaron en particular á los dos Eusebios, á Maris, Theognis, Ursacio y Valente, y á otros muy conocidos como arrianos; pero no se tomó en consideracion su recusacion (1).

Los enemigos de San Atanasio combatieron su eleccion, afirmando con toda desvergüenza que solo era obra de siete obispos, á pesar de la oposicion de todos los demas. Acusáronle de haber empleado toda clase de violencias, y cometido crumelidades dignas de un tirano con los que no querian reconocer su autoridad, de haber mandado encarcelar á unos, apalear ó azotar á otros, haber dado tormento á varios con diferentes suplicios, y aun de haberse propasado á vias de hecho contra ciertos obispos para obligarlos á entrar en su comunión. Se leyó tambien una declaracion escrita, en que se afirmaba que el pueblo de Alejandria no podia resolverse á concurrir á las reuniones de la iglesia por causa del obispo. Pero esta y las demas acusaciones emanaban únicamente de los arrianos, de los melecianos y de los collutianos.

Todavía se echó mano de calumnias mas infames, y se le acusó de haber estuprado violentamente á una doncella consagrada á Dios. En efecto, los eusebianos hicieron comparecer en la asamblea á una muger, que se quejaba con un aire de abatimiento de que habiendo hospedado en su casa al obispo Atanasio, éste habia abusado de ella á pesar de toda su resistencia. Advertido secretamente San Atanasio, se habia concertado con uno de sus clérigos que tomó la palabra para rechazar la acusacion, como si le hubiera tocado personalmente. Al punto aquella muger impudente, alargando la mano hácia el sacerdote, le señala con el dedo, y exclama

(1) Athan. *Apolog.* II.—Ruf. lib. I.—Theod. lib. I.—Soz. lib. I.—Sozom. lib. II.

con el mayor atrevimiento: "Si, tú mismo eres el que me violaste;" y declara menudamente todas las circunstancias del delito. Semillante equivocacion hizo reir á carcajadas á la mayor parte de los concurrentes, y llenó de confusion á los calumniadores. Pero no se desconcertaron, y echaron igonominiosamente á aquella infeliz, como si ellos mismos hubieran sido engañados; pero sin permitir que fuera presa, como lo requería expresamente San Atanasio para descubrir los autores de tan atroz invencion.

Entonces se reprodujeron las antiguas calumnias, y se tuvo el descaro de renovar otra vez la del asesinato de Arsenio, aunque estaba refutada de un modo tan patente. Conociendo San Atanasio la audacia de sus enemigos, habia dispuesto que por precaucion fuese secretamente este obispo, á quien los eusebianos creian muy distante; y cuando los acusadores abrieron la caja y enseñaron la mano descarnada, apremiándole para que se justificara, si es que tenia algo que alegar en su defensa, les preguntó en tono tranquilo si alguno de ellos conocia á Arsenio. Contestaron varios, que le conocian perfectamente. Entonces mandó á un criado suyo que introdujese á Arsenio, y mostrándole á sus acusadores atónitos, dijo al concilio: "Ahí teneis á Arsenio con sus dos manos; á vosotros toca ahora averiguar de dónde procede la otra que se os presenta." Exclamaron entonces los arrianos que Atanasio era un mágico que con sus prestigios fascinaba la vista. Juan, jefe de los melecianos, viendo confundida su impostura, se aprovechó del tumulto para fugarse; pero los demas se arrojaron sobre San Atanasio, y le hubieran hecho pedazos, si los oficiales del emperador no le hubiesen arrancado de sus manos. En lo sucesivo los arrianos para lavarse de esta calumnia, publicaron que un obispo habia prendido fuego á la casa de Arsenio por órden de San Atanasio, y que despues de haberle azotado cruelmente, le encerró en un cuarto, de donde le habia costado mucho trabajo escaparse; lo que debió hacer suponer que habia muerto.

Llegó por último la imputacion de la fractura del cáliz en casa de Isquiras; pero para refutarla no necesitó San Atanasio sino referir sencillamente los hechos. Manifestó que Isquiras no era sacerdote: que jamas habia tenido iglesia: que cuando fué Macario á buscarle á su casa, estaba en la cama: que ademas, no siendo domingo aquel dia, no habia habido celebracion de los santos misterios; y que finalmente él mismo habia desmentido por escrito su calumnia. Sin embargo, los eusebianos no quisieron abandonar esta acusacion; y como Isquiras no habia podido darles prueba alguna, persistieron al conde Dionisio que diputase unos comisionados á la Marcotis, con pretexto de averiguar la verdad en el mismo lugar de la ocurrencia. En vano representaron San Atanasio y los obispos de Egipto, que eran inútiles semejantes informaciones sobre un hecho suficientemente aclarado: pidieron, sin conse-

guirlo tampoco, que á lo menos se eligiesen los comisarios por votacion general; pero los eusebianos, que solo daban oidos á su ódio, y eran dueños del concilio, lograron se nombrase con secreto á Ursacio y Valente con Maris y Theognis y otros dos, tan enemigos de San Atanasio, como adictos á los intereses del partido. Protestaron por escrito los obispos de Egipto contra este nombramiento, y aun el mismo conde Dionisio apoyó su protesta, para que no fuese tan patente la opresion; mas nada de esto tuvo efecto, y salieron los comisarios con escolta militar, y precedidos de algunos melecianos que iban á prepararlo todo para conseguir las pruebas que necesitaban. En este estado tomó San Atanasio la resolucion de retirarse, y recurrir al mismo emperador, despues de haber protestado contra unos procedimientos tan evidentemente contrarios á todas las reglas de justicia.

Llegados que fueron los comisarios á la ciudad de Alejandria, hicieron que el prefecto de Egipto los acompañase á la Mareotis, y cuidando de alejar á los sacerdotes católicos que pretendian concurrir á las informaciones, como que estaban perfectamente enterados de los hechos, se contentaron con examinar á los arrianos, melecianos, judíos ó paganos; mas á pesar de todos los medios de seduccion, de las amenazas y de los malos tratamientos que emplearon, no pudieron conseguir declaraciones enteramente conformes con sus miras; de modo que no se atrevieron á publicar las informaciones que habian adquirido. El clero de Alejandria y los sacerdotes de la Mareotis protestaron por escrito contra estos irregulares procedimientos, quejándose de no haber sido oidos ó llamados á lo menos para estar presentes á las informaciones, y dirigieron sus protestas al concilio y á los comisarios.

Cuando estos regresaron, pronunciaron los eusebianos sentencia de deposicion contra San Atanasio, prohibiéndole vivir en Alejandria bajo el pretexto de que su presencia excitaria nuevos tumultos. Al mismo tiempo comunicaron esta sentencia á Constantino, y escribieron á todos los obispos para advertirles que no recibiesen á Atanasio en su comunión, sin avergonzarse de alegar como motivos de la destitucion de aquel, la fractura del cáliz en casa de Isquiras, y aun la muerte de Arsenio. Habian prestado los melecianos muchos servicios á los arrianos para que no lograsen recompensas. El conciliábulo los admitió en su comunión, y los mantuvo en el goce de sus títulos y funciones, como á personas injustamente perseguidas. Tambien se dió á Isquiras el título de obispo aunque no tenia rebaño, y los eusebianos escribieron al emperador, rogándole que mandase levantar una iglesia para aquel, en el pueblo de la Mareotis. Ya iban á tratar de restablecer á Arrio en la comunión de la Iglesia, cuando recibieron cartas de Constantino, en que les instaba para que se trasladaran á Jerusalem con motivo

de la dedicacion del templo del santo sepulcro acabado de construir (1).

Salieron, pues, inmediatamente de Tiro, y al llegar á Jerusalem hallaron gran número de obispos que habia convidado el emperador, de todas las provincias del Oriente para que fuese mas augusta la ceremonia. Como la mayor parte de ellos eran afectos al partido de los eusebianos, juzgaron éstos la ocasion favorable para celebrar otro concilio y completar su obra con la rehabilitacion de Arrio. Aunque habia vuelto este heresiarca del destierro, tenia todavía sobre sí la excomunión fulminada por el obispo de Alejandria y el concilio de Nicea. Viendo al fin que sus partidarios habian recobrado otra vez el favor, y que era poderosísima su influencia, fué á Constantinopla con el diácono Enzoyo, y presentó al emperador una profesion de fé equívoca, en que se contentaba con declarar que creia en Jesucristo Hijo de Dios, producido por él antes de todos los siglos, Dios Verbo, por quien todo se ha hecho; pero sin emplear la palabra consustancial ni otra equivalente, que fuese capaz de excluir las impías interpretaciones de que él se habia servido para ocultar sus errores con las expresiones mismas de la Escritura. Sin embargo, Constantino se dió por satisfecho con esta profesion de fé; y creyendo que Arrio habia adoptado sinceramente la doctrina católica, le envió ante el concilio de Jerusalem con una carta, en que pedia á los obispos que le examinasen y juzgasen en su favor, si les parecia ortodoxo. Determinados ya con anticipacion los eusebianos, se apresuraron á recibir en su comunión al heresiarca, y á todos sus sectaces, y escribieron una carta sinodal á la Iglesia de Alejandria y á todas las del mundo, comunicándoles esta resolucion. Al mismo tiempo pensaron en deponer á Marcelo de Ancira, metropolitano de la Galacia, que se habia negado á suscribir á la condenacion de San Atanasio y á asistir al concilio de Jerusalem, por no tomar parte en la recepcion de Arrio. Mas despues de haberle citado para que comparciese ante ellos, se vieron obligados á separarse por repetidas órdenes del Constantino para ir á dar cuenta de la sentencia que pronunciaran contra San Atanasio.

Desde Tiro se dirigió el santo patriarca á Constantinopla para quejarse de la injusticia y violencia de sus enemigos; y al entrar el emperador á caballo en la ciudad, se le presentó aquel pidiendo públicamente que se le oyese en justicia. Sorprendido Constantino de su vista, y mas de su pretension, se negó á oírle, y manifestó que no queria tratar con un hombre legítimamente condenado por un concilio. Entonces le dijo con un valeroso atrevimiento San Atanasio: "El Señor nos juzgará á vos y á mí, y le dareis cuenta de vuestra alianza con los que me oprimen por medio de calum-

(1) Athan. Apolog. II.—Theod. lib. I.—Sozom. &c.

nias.<sup>2</sup> Añadió que no pedía gracia ninguna, sino solamente justicia, y que sus deseos se limitaban á que el emperador oyese su justificación delante de sus acusadores. Era demasiado justa esta petición para que no la admitiese Constantino; y así, envió á llamar inmediatamente á los obispos del concilio de Tiro, para informarse de cuanto habia pasado. Se guardaron muy bien de acudir todos, aunque la órden lo decia expresamente, y solo comisionaron á seis de los mas hábiles, á saber: los dos Eusebios, Theognis, Patrófilo, Ursacio y Valente, habiendo hallado pretextos para alejar á los demas, que volvieron á sus Iglesias. Estos diputados no tomaron en boca, ni la fractura del cáliz, ni la muerte de Arsenio, ó á lo menos tocaron ligeramente estos hechos; pero inventaron una nueva calumnia que les pareció mas á propósito para sus fines. Como sabian que Constantino era celosísimo de la grandeza de su ciudad nueva, acusaron á San Atanasio de que habia estorbado la remesa de granos que se dirigia á Constantinopla desde Alejandría. El emperador, no dando oído mas que á su indignacion, y no creyendo capaces á unos obispos de inventar calumnia semejante, juzgó que hacia un favor al santo patriarca en desterrarle solamente y no condenarle á muerte. Intentaron los eusebianos nombrar otro obispo de Alejandría en lugar de él; pero no lo consintió Constantino. Llegó San Atanasio á Tréveris, en las Galias, á donde habia sido confinado, á principios de Febrero del año 336, y fué recibido con todas las muestras de afecto por Constantino el jóven, que mandaba la provincia (1).

Los eusebianos lograron que se reuniera á poco tiempo un concilio en Constantinopla, para proseguir la causa, principiada en Jerusalem, contra Marcelo de Anicura. Le acusaban de enseñar el sabeliano en un libro que habia escrito contra Asterio, sofista pagano, que convertido al cristianismo, habia abrazado el partido de los arrianos, y compuesto una obra para defender su doctrina. Acaso no estaba Marcelo enteramente inocente del error que se le imputaba; pero su verdadero delito, á los ojos de los sectarios, era el haber sostenido con calor la causa de San Atanasio, y manifestado mucho celo contra las impiedades de Arrio y las intrigas de los eusebianos. Habiéndole intimado éstos inútilmente que retractase las heregias que suponian haber hallado en su libro, le depusieron por fin, y eligieron en su lugar á Basilio, cuyo distinguido talento hacia que se le mirase como un auxiliar poderoso para su partido. Luego redactaron una exposicion de fé, que ramiieron á los obispos de Oriente, para explicarles en qué sentido se habia aprobado la palabra consustancial; porque no atreviéndose á combatir abiertamente el simbolo de Nicea, al que se mostraba adherido el emperador, trataban al menos de eludirle con capciosas interpretaciones.

(1) Athan. Apol.—Soer., Theod. &c.

Pero el negocio importante de los eusebianos y el principal objeto de su concilio era la rehabilitacion de Arrio, á quien rehusaban siempre admitir los católicos en su comunión, á pesar de la sentencia pronunciada á su favor en el conciliábulo de Jerusalem. Escudado con la carta sinodal que atestiguaba su ortodoxia, se presentó inmediatamente en Alejandría, esperando aprovecharse de la ausencia de San Atanasio para volver á la Iglesia. Pero los católicos se resistieron fuertemente, y como él tenia multitud de partidarios, promovió disturbios que obligaron á Constantino á llamarle á Constantinopla, cuyo obispo San Alejandro, ya que no pudo estorbarlo, declaró formalmente que jamas recibiria á Arrio en su Iglesia. Despues de haberle solicitado y estrechado inútilmente los eusebianos, amenazaron al santo obispo que le depondrian tambien á él, conseguirian su destierro, y colocarian en su silla á otro obispo que consintiese en recibir á Arrio; pero el santo obispo, aunque de edad de mas de ochenta años, no se dejó vencer ni por ruegos, ni por amenazas.

Santiago de Nisibe, que entonces se hallaba en Constantinopla, aconsejó á los fieles que implorasen la asistencia divina por medio de un ayuno de siete dias, acompañado de fervientes oraciones. Como se sabia que poseia este prelado el don de milagros y el de profecía, se apresuraron á seguir su consejo. Dió el ejemplo á su pueblo San Alejandro, y dejando obrar á los eusebianos, se encerró solo en la iglesia, se postó al pié del altar, pegado el rostro en tierra, y pasó muchos dias y noches conjurando al Señor que apartase el peligro que amenazaba á la fé. En efecto, los eusebianos se agitaron de mil maneras para conseguir su empresa; y despues de haber persuadido al emperador que Arrio profesaba la doctrina católica, fijaron el siguiente domingo para admitir por si mismos á este hereciarca en la Iglesia. Queriendo Constantino asegurarse todavía mas de la ortodoxia de Arrio, le llamó el sábado á su palacio, y le pidió su profesion de fé por escrito. No tuvo Arrio dificultad en dársela. Estaba concebida con tal artificio, que en ella no se advertia la heregia, porque para hablar de la divinidad del Verbo, no usaba mas que las expresiones de la Escritura, cuyo sentido propio corrompian los arrianos con la sutileza de sus interpretaciones. No titubeó en jurar que nunca habia tenido otra creencia; y el emperador, engañado con este juramento, envió á llamar á San Alejandro, y le mandó que recibiese á Arrio. Hizo el santo obispo todos los esfuerzos posibles para desengañar á Constantino; pero observando que no lograba mas que irritarle, se retiró, y de nuevo se encerró en su iglesia, redoblando sus lágrimas y oraciones. A la salida de palacio acompañaron los eusebianos al hereciarca, y le llevaron por toda la ciudad con aire de triunfo; y habiendo encontrado en el camino á San Alejandro que salia tambien de palacio, le intimaron otra vez recibiese inmediatamente á Arrio, y como lo

rehusase, le declararon que al día siguiente le restablecerían en la comunión de la Iglesia, á pesar suyo. Lleno de jactancia y de orgullo el herejarca, parecía como que insultaba á sus adversarios con la insolencia de sus discursos. Pero hallándose al caer el día, junto á la plaza de Constantino, sintió de repente un paroxismo extraordinario, que parecía causado del temor ó del remordimiento; y dejando á los que le acompañaban para ir á un sitio oculto á satisfacer una necesidad natural, murió súbitamente en medio de dolores horrorosos, después de haber arrojado en grande abundancia sangre y una parte de sus entrañas. Este trágico fin abismó á los arianos en la consternación, y algunos se convirtieron. No pudo menos Constantino de reconocer en este suceso los efectos de la divina venganza, y no dudando ya que Arrio había sido verdaderamente herege y perjuro, se adhirió mas que nunca á la fe de Nicea. Pero seducido por la piedad aparente y los artificios de los eusebianos, los mantuvo en su confianza, y no desechó la prevención que tenia contra San Atanasio. Con todo, es probable que esta circunstancia fué causa de que no consintiese en que se le diera un sucesor (1).

En cuanto supieron los fieles de Alejandría el destierro de su patriarca, manifestaron sin rebozo su profundo dolor, y en todas las iglesias se hacían sin cesar públicas rogativas para conseguir su pronto regreso. San Antonio, tan afligido como ellos, quiso apoyar también sus votos, y aprovechar al efecto la influencia que le daba su reputación. El emperador Constantino respetando sus virtudes le habla escrito, en union con sus dos hijos, Constancio y Constante, una carta en que le trataba de padre, y le exigía una respuesta que sirviese para su edificación. Cuando el santo anacoreta la recibió, dijo á sus discípulos: "No os admireis de que un emperador nos escriba: es un mortal como nosotros; admiraos mas bien de que el mismo Dios se haya dignado de dar una ley á los hombres, y hablarles por su propio Hijo." San Antonio no quería ni aun abrir la carta, ni menos contestar; pero habiéndole hecho presente los monges que era digno de mas consideracion un príncipe tan celoso por el cristianismo, consintió en dar contestacion, recomendando á los emperadores la humanidad, la justicia, el alivio de los pobres, el desprecio de las cosas presentes, y el amor á los bienes eternos. Estos testimonios de afecto y estimacion que habia recibido de Constantino, le determinaron á escribirle pidiendo la vuelta de San Atanasio, y rogándole que no diese crédito á las calumnias de los melecianos. Pero el emperador le respondió, que no le era posible despreciar la sentencia dada por un concilio demasiado numeroso para que se le sospechara de parcialidad; y por otra parte, que

(1) Athan. *Epistola ad Serapion*.—Socr. lib. I, cap. XXXVII.—Sozom. lib. II, cap. XXX.

Atanasio era insolente, soberbio y sedicioso, porque este era el cargo en que mas insistían los eusebianos. En el mismo sentido escribió al pueblo de Alejandría, acusándole de loco y turbulento, y recomendando á los eclesiásticos y á las vírgenes que se mantuviesen quietos. Sin embargo, desterró á Juan, gefe de los melecianos, y á poco, reconociendo al fin la inocencia de San Atanasio, se decidió á alzarle el destierro; pero le sorprendió la muerte antes que pudiese poner en ejecución su designio.

Tenia Constantino entonces sesenta y cinco años, y habia gozado hasta allí de robusta salud. Habiendo repartido el gobierno del imperio entre sus tres hijos, se preparaba para hacer la guerra á los persas que reclamaban con altanería algunas provincias sometidas en otro tiempo á su dominacion, y conquistadas por los romanos mucho tiempo hacia. Llamó á varios obispos para que le acompañasen en esta expedicion, y dispuso una especie de iglesia portátil en una tienda ricamente adornada, para celebrar en ella los sagrados misterios. Era la primavera del año 337, y llegada la fiesta de la Pascua, Constantino, segun su costumbre, pasó la noche en oracion con los fieles, y señaló su piedad con el acrecentamiento de buenas obras. Pero á poco tiempo cayó enfermo de peligro; aconsejéronle los médicos el uso de baños calientes, y probó primeramente los de Constantinopla, que no produjeron efecto alguno, por lo cual hizo que le trasladaran á las aguas de Helenópolis, cerca de Nicomedia. Allí, viendo que su mal aumentaba de día en día, tuvo devocion de visitar la iglesia del mártir San Luciano, y pasó mucho tiempo orando. Como conociese que su fin se acercaba, pidió y recibió el bautismo con muestras de ejemplar humildad y de la mas viva fe: confesó sus pecados postrado de rodillas, para ser recibido por medio de la imposicion de las manos, en la categoria de los catecúmenos que se llamaban competentes; después de lo cual le administraron el bautismo, la confirmacion y la Eucaristía, segun el uso comun, y se desnudó de la púrpura para vestir la túnica blanca como todos los recién bautizados. Dió en seguida gracias á Dios, consoló á sus oficiales, y les hizo jurar que nada emprenderian contra sus hijos, ni contra la Iglesia. Arregló en su testamento la division del imperio entre sus tres hijos, y mandó que se alzase el destierro á San Atanasio, á pesar de todos los esfuerzos de Eusebio de Nicomedia para disuadirle. Finalmente, espiró el 22 de Mayo del año 337, día de Pascua de Pentecostes: su cuerpo fué llevado á Constantinopla, y enterrado en la iglesia de los santos apóstoles.

Con justicia se venera en la Iglesia la memoria de Constantino, á pesar de los defectos que se le pueden achacar, y que los enemigos de la Iglesia han solido á menudo, exagerar. Desde la juventud resplandecieron en él una grande afabilidad, una dulzura y una beneficencia que le ganaban todos los corazones, y mas que todo

una pureza de costumbres y un amor á la castidad, que han sido elogiados hasta de los mismos paganos. Luego que fué dueño del imperio, nada omitió para reformar los desórdenes, mantener la paz, y procurar con empeño la felicidad de sus súbditos. Cuando iba de viage, se informaba de las necesidades públicas y particulares, y á veces se le vió derramar lágrimas por los males que no podía remediar. Mandó publicar por todos sus Estados una orden convidando á las personas de todas clases y condiciones para hacerle saber todos los motivos de queja á que pudiera dar lugar la conducta de los gobernadores, y prometía recompensar á los que le desengañasen. Incitábanle sus cortesanos para que castigara con rigor á unos sediciosos, que habian ultrajado y desfigurado sus estatuas: se echó la mano al rostro, y les respondió sonriéndose, que no hallaba en él herida alguna. Ya hemos visto todo lo que hizo para favorecer los progresos del cristianismo, su respeto á los ministros de la religion, sus leyes en favor de la Iglesia, su celo por la conversion de los idólatras, y su adhesion á la fé católica. Es cierto que en sus últimos años se dejó sorprender por los ensebianos, cuyas culpables maquinaciones apoyó por desgracia; pero no le pudieron ganar sino disimulando sus errores, y mientras vivió no se atrevieron á contradecir abiertamente la fé de Nicea. Entre otros cargos mas ó menos fundados se le ha tachado en especial, de haber condenado con demasiada facilidad á su hijo Crispo, tenido en su primera muger llamada Minervina. Este príncipe jóven que daba las mayores esperanzas, fué acusado por la emperatriz Fausta de que habia atentado á su pudor, y tomado algunas medidas para quitar la vida á Constantino; y la atrocidad del crimen, unida á la confianza que al parecer merecia la acusadora, hizo tan grande impresion en el ánimo del emperador, que no vaciló un momento en decretar la muerte de su hijo. Habiendo conocido despues las imposturas de Fausta que fué convicta ademas del delito de adulterio, la mandó encerrar en un baño caliente, donde murió sofocada. Hay que advertir, sin embargo, que algunos críticos desechan como sospechosa esta narracion, en la que no fijan exactamente ni tiempo, ni lugar, ni otras varias circunstancias de un acontecimiento tan grave, omitido por Eusebio, y formalmente desmentido por Evagrio. Por lo demas, es innegable que Constantino dió á menudo pruebas de sobrada credulidad y debilidad; pero la rectitud de sus intenciones, lo difícil de las circunstancias, y muchas virtudes y calidades eminentes que le merecieron el título de grande, deben hacer que se olviden el corto número de faltas que el bautismo por otra parte habrá lavado sin duda.

El último dia de Diciembre de 335 murió el Papa San Silvestre, cuyo pontificado habia durado cerca de veintidos años, y á los diez y ocho dias fué nombrado para sucederle, el presbítero Marco, natural de Roma, que no ocupó la cátedra apostólica mas

que unos ocho meses. A él se atribuye un antiguo reglamento, en que se prescribe que los Papas fuesen en adelante consagrados por el obispo de Ostia, y que este prelado llevase para esta ceremonia el *pallio*, que es un ornamento pontifical, que despues se concedió á todos los arzobispos. Muerto Marco, estuvo vacante la Santa Sede cuatro meses, y fué electo al principio del año 337, Julio, tambien romano. No tardaremos en verle distinguirse por su celo y luces, defendiendo á la Iglesia de los embates de los arrianos.

